

UN POCO DE AZUL EN EL PAISAJE

Pierre Bergounioux
Un poco de azul
en el paisaje

Traducción de David Stacey

editorial  minúscula
BARCELONA

Título original: *Un peu de bleu dans le paysage*

© Éditions Verdier, 2001

© de la traducción: 2011 David Stacey

Revisión: Santiago Celaya

© 2011 Editorial Minúscula, S. L.

Sociedad unipersonal

Av. República Argentina, 163

08023 Barcelona

minuscula@editorialminuscula.com

www.editorialminuscula.com

Primera edición: octubre de 2011

Diseño gráfico: Pepe Far

Imagen de la cubierta: derechos reservados

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona

Impresión: Winihard Gràfics S.L., Av. del Prat, 7, 08180 Moià

ISBN: 978-84-95587-82-4

Depósito legal: B-34.714-2011

Printed in Spain

El puente de Bonnel

El lugar en el que tuve las experiencias cardinales parecía un hueco de un kilómetro, aproximadamente, de diámetro, que un pulgar orientado hacia abajo, como en el circo de Roma, habría impreso en la arenisca ocre hacia el permo-carbonífero. Estábamos rodeados de colinas cuyas cimas jalonaban el horizonte. No había más que una abertura al oeste, hacia el mar, por donde el río escapaba. Al norte, uno tropezaba enseguida con la áspera escarpadura del Lemosín, ese viejo espinazo jorobado, granítico, con pelaje de aulagas, helechos, retamas. Había que sudar mucho para escalar la elevación meridional, superar fuertes cuestras antes de adentrarse en el sur por el que nos sentíamos más inclinados, con las explanadas calcáreas y el acento cantarín, la sequía y el calor, el tabaco, la teja redonda y la viña, el maíz, el brillo sonriente del mediodía. El mundo, entonces, cuando lo pienso, mostraba una forma irregular, muy estrecha, digitada. Enteramente atrofiado hacia el septentrión, se clavaba unas diez leguas, más o menos, en las terrazas del Quercy, se diluía, a poniente, en la llanura de Aquitania y acababa, de muy abrupta manera, en el lado al que, for-

malmente al menos, pertenecíamos, al este, donde se estiraba elevándose el resto del departamento.

La infancia es un misterio, y doblemente cuando el universo que uno descubre es aquel agrario, cerrado, misionario que ha subsistido al margen del movimiento, del intercambio, de la modernidad hasta la mitad de este siglo y un poco más, a veces, según el lugar.

Nos movíamos poco. El campo antiguo, autárquico, apenas importaba algo más que el hierro y la sal, las únicas sustancias necesarias que no se extraían del suelo. Parcelas de centeno y de trigo sarraceno cosidas al gran manto del bosque hablaban todavía del pan negro, de los siglos de miseria. Las calzadas abombadas, sinuosas, con olmos y hayas plantados, permanecían en el estado en el que las había dejado Turgot, que fue intendente del Lemosín bajo el Antiguo Régimen. Las ciudades de cierta importancia habían conservado la sombra proyectada por la nube siniestra que cubrió el cielo de entreguerras porque fue esa la época en que la región salió del tiempo, suponiendo que alguna vez hubiera entrado en él.

Este contexto accidentado, ácido, boscoso, húmedo, más o menos intacto, aún, confería a los elementos del progreso, a la producción industrial, a la circulación de bienes y personas, un carácter insólito, adecuado para alimentar las ensoñaciones más retrógradas, más contrarias a su principio nuevo, irruptivo, actuante.

Su combinación más enérgica, y en consecuencia más discordante, se situaba en el puente de Bonnel, que du-

rante mucho tiempo marcó, para mí, el límite oriental de la creación. El valle de Corrèze, que se ensanchaba hacia occidente, adoptaba en el lado opuesto aires de tajo en la zona metamórfica, al pie del macizo antiguo. Por el desfiladero que el agua se había tallado en la roca negra, la carretera y el ferrocarril, abriéndose paso a codazos, llevaban, se decía, hacia la prefectura y, más allá, a la parte de Millevaches, la cuna de los manantiales —*mille aquas*— donde culminaba el departamento.

Apenas abandonábamos por una hendidura la pequeña cuenca soleada donde transcurrían nuestros días sentíamos que se apoderaba de nosotros una inquietud oscura, una opresión. Las paredes rezumantes de las que colgaban jirones de musgo se juntaban aún más. El agua espumeaba sobre las rocas que se agolpaban en su lecho y tardábamos un momento en percatarnos de que la especie de abatimiento singular que sentíamos se debía a que también habíamos perdido el cielo, el remedio que aporta a las tristezas de la tierra. El ferrobús corría por una cornisa sinuosa, sostenida, en algunos puntos, por pilares embebidos, por pedazos de albañilería. A la derecha, cuando se subía, la roca bastamente enderezada a golpes de pico se deslizaba muy próxima al cristal. En esta reverberaba el mugido del diésel situado bajo la joroba con espiráculos, detrás de la cabina. Uno tenía la sensación de ser llevado en la carcasa de algún paquidermo con el que el ferrobús compartía, también, el paso bamboleante o bien, como Jonás, en la panza de Behemot. Ya no sé qué miedo se imponía, si el aplastamiento contra la muralla o la

caída estrepitosa contra las rocas y los borbollones del río. La berma, por momentos, no excedía el metro cuatrocientos treinta y cinco de separación estándar de la vía y, bajo la caja del vagón, cuando girábamos, estaba el vacío. Nos decíamos, en voz baja, que aquello no podía durar mucho tiempo. La pared hirsuta, tenebrosa, el abismo espumoso, blanquecino terminarían invadiendo la cornisa y seríamos castigados por nuestra temeridad.

Estas eran las condiciones en que acabábamos pese a todo por alcanzar el puente de Bonnel.

En realidad, íbamos por carretera la mayoría de las veces, para pasar allí alguna melancólica tarde de domingo. La calzada, que había precedido al ferrocarril y que corría a su derecha a lo largo de algunas centenas de metros, le cortaba bruscamente el paso para tomar el puente antiguo, de mampuesto de esquisto. Dos coches apenas podían cruzarse. Los camiones debían maniobrar. Lo habían empezado a construir en tiempos de inmovilidad o de extrema lentitud, sin verdadera necesidad. Cuando la avalancha motorizada alcanzó la región, la obra fue pura y simplemente abandonada y un túnel viario perforado en línea recta a través del relieve que el puente permitía rodear. Era sin duda natural que yo lo considerase mientras sirvió o, para ser más exactos, mientras siguió inútilmente en servicio, no como un puente de un arco por el que se podía pasar sino como el porche por el que entraban en las tierras bajas, en tumulto, las yeguas del agua con sus crines espumosas.

La vía férrea, desprevenida, chocaba contra la roca.

Para ella se había cavado una especie de galería de mina que se abría, negra en la muralla negra, como la entrada del Ténaro o la cueva del dragón. Entre el agua, abajo, y el balasto, justo antes del paso a nivel de la carretera y del túnel ferroviario que se abría inmediatamente después, habían acondicionado una pequeña plataforma de cemento, extraordinariamente aventurada. Oxidada, fisurada, comida por hierbas silvestres, ribeteada de arbustos hoscos, de endrinos, acacias, espinos blancos, estaba provista de un parapeto del lado del río y poderosamente equipada. Poseía dos grandes cofres de hierro biselados, cerrados con un candado, pintados de gris artillería, una alarma —supongo— protegida por un bulbo metálico con opérculos embadurnado del mismo gris, instalada en un poste, así como una señal óptica fijada en lo más alto de una columna de fundición acanalada. Pero el elemento más enigmático de ese mobiliario duro, pesado, somero, plantado en pleno salvajismo, era un aparato telefónico sobre un poste, también él, con un cono de fundición pivotante sujeto a la caja y, al lado, una anfractuosidad redonda por la que se suponía que había que hablar. La aparición de un viajero en esas soledades parecía más improbable aún que el paso de un tren, aunque fuera un ferrobús semejante, un poco, a un juguete, por las estrecheces. No se veía un alma en el paisaje de barrancos y de crestas, de agua enfurecida, de renuevos mediocres, de rocas. Era el fin del mundo, que avanzaba.

Por eso el sitio ha sido siempre para mí no el último apeadero, angustiado, opcional, al pie de las alturas sino la

antecámara de lo desconocido, el locutorio donde interrogar al espíritu del lugar. El Corrèze soplando como nosotros cuando estamos sin aliento quería decir algo de la lejanía. El túnel acogía sin duda a alguna bestia que recibía luz por ambos lados y estuve a punto de levantar el cono de fundición, pegar la oreja para sorprender el secreto de la tierra, la voz cavernosa de los mundos inferiores. No me atreví. Un vértigo se apoderaba de mí, inclinado sobre la barandilla que dominaba la corriente sembrada de rompientes. La opaca oscuridad del túnel me mantenía apartado, a distancia y quién sabe qué poder ejercía hasta la superficie del día la voz del Érebo que captaba, tal vez, el pesado cono fijado al armazón de metal.

Tales fueron las quimeras que habitaban el estrechamiento de la garganta, en Bonnel, al borde del oriente. Después, me fui. Y cuando, años más tarde, volví a esos parajes, en coche, la carretera desviada, doblada, aislada por barreras de seguridad, pasaba a lo lejos. No pude verificar las suposiciones, disipar las expectativas y los temores que el lugar había suscitado. Velan, ahora, en las regiones de mi memoria y es en sueños como continuó experimentándolos.